

LOS NIÑOS DE MADRID

DATOS ANTROPOMÉTRICOS

Todos los niños, por el hecho de serlo, merecen el más prolijo estudio, y no hay nada que interese tanto á los pedagogos modernos como la Psicología infantil; pero si todos los niños, para ser bien dirigidos, merecen ser estudiados minuciosamente, el niño de Madrid ofrece un tipo particular, que se destaca vigorosamente de los demás niños españoles, y aun de los demás niños del mundo.

El niño de Madrid es, entre todos los niños criados, el más *urbano*, quiero decir, el más pegado á la ciudad.

Hay niños en Madrid que no han salido nunca de su barrio; y en las escuelas municipales se cuentan por miles los que no han visto jamás el campo.

Solamente algunos *golfos* son aficionados, por necesidad, á ejercicios campestres.

El niño de Madrid es, por razones de herencia y de medio, débil de cuerpo, nervioso é inquieto; listo, franco, simpático y hasta dócil; *pero hay que cogerle el aire*.

Los que no conocen de cerca á los niños madrileños, los reputan díscolos, procaces é indómitos porque son sueltos, vivos y precoces.

La precocidad de los niños de Madrid se explica por su debilidad física y por el gran número de objetos que excitan desde pequeñitos su atención.

Los niños de Madrid *se paran* hacia la crisis de la pubertad.

El niño de Madrid, que pierde pronto la inocencia, porque aprende muchas cosas antes de que necesite saberlas, no sabe nada (¡qué penal) de la vida del campo ni de la vida del mar.

Le sobran escaparates, tranvías eléctricos, toros, tabernas, conversaciones y periódicos sin ilustración... y le faltan agua y aire libre.

¡Por esto mueren tantos niños en Madrid!

Madrid se basta para poblar de ángeles el cielo. Días hay que pasan de 30 los niños inhumados en el cementerio del Este, y no bajarán de 8.000—¡da miedo decirlo!—los niños que cada año fallecen en la villa del oso, del madroño y... de los niños muertos.

El curioso lector puede tomar á beneficio de inventario las consideraciones precedentes: al fin y al cabo son apreciaciones sin otro mérito—escaso por cierto—que el del juicio particular de su autor; pero si aún tiene paciencia para leer, lea despacio los siguientes datos, que son el resumen de unas 6.000 observaciones hechas pacientemente en el gabinete de Antropometría que tengo el honor de dirigir en la Escuela Normal Central de Maestros.

Estos datos dan el niño tipo, el niño normal, la *media fisiológica* de los niños madrileños de seis á trece años.

EL NIÑO NORMAL DE MADRID

Años de edad...	Peso — Kg.	Talla — m.	Altura xi- foidea... m.	CIRCUNFERENCIA TORÁCICA		DIÁMETROS TORÁCICOS		Busto... cm.	Pierna... cm.	Muslo... cm.	Distancia del do... cm.	Pulsaciones por minuto... cm.
				máxima. cm.	mínima. cm.	Antero- pos- terior. cm.	Trans- versal. cm.					
6	17	1,04	57	57	53	13	17	59	21	24	21	105
7	20	1,12	60	60	56	13	17	60	24	25	24	105
8	21	1,19	62	62	57	13,05	18	62	25	28	25	96
9	22	1,21	62	62	57	13,05	18	65	26	28	26	97
10	24	1,24	64	64	58,05	14	19	66	27	30	27	97
11	26	1,28	66	66	59	14,50	19	69	28	32	27	94
12	29	1,33	66	66	61	15	19	71	28,05	35	28	88
13	30	1,35	68	68	62	15	19	72	29	35,05	28	83

No creo que el niño de Madrid deba ser el tipo fisiológico ideal: no representa la tabla precedente más que un resumen de hechos, que puede servir para que padres y maestros comparen con ellos los de los niños que les interesen.

Comparando entre sí, además, los datos de la tabla precedente, puede observarse cómo crecen los niños madrileños. De los datos individuales resulta lo siguiente:

No hay dos niños que crezcan de igual manera.

Un mismo niño no crece igualmente en iguales períodos de tiempo.

Las secciones del cuerpo de un niño no crecen en la misma proporción en el mismo tiempo.

Un niño no es anatómicamente igual ni siquiera dos días seguidos.

Las observaciones sobre el estado de los sentidos son también curiosas é interesantes.

El examen de la vista de los niños madrileños ofrece resultados poco satisfactorios, pues el 27,5 por 100 de los niños observados tiene menos vista de la normal, y el 14 por 100 tiene defectos en la percepción de los colores.

El número de niños torpes de oído no es, en cambio, muy alarmante, pues sólo llega al 0,70 por 100, y el resultado es mejor respecto del oído musical, pues el 37 por 100 de los niños observados tiene *buen oído*.

Tampoco hay muchas imperfecciones de voz, porque no llega á un 3 por 100 (2,90) el número de niños que tienen defectos permanentes de pronunciación.

La voz cantada de los niños observados tiene los límites de una octava, cuya nota más grave es el *sol* inmediato al *la* normal.

La sensibilidad del tacto excitado con el estesiómetro se pierde, por término medio, á los 30 milímetros.

Los datos precedentes valen poco, pero no los hay mejores: son los únicos recogidos con fines pedagógicos en la villa y corte de Madrid.

RUFINO BLANCO.